

Morel, presencia de un olvido

El rumor secreto: mito y realidad.

“En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas o no con nuevos tintes, donde sea preciso, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado. ¿Qué sentido tendrían para nosotros los nombres que usamos para caracterizar los estados de hombres desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres?” Marc Bloch:

Fue en la década del 40 cuando se produjeron acontecimientos de distinta índole para el ya adulto artista, que acarrearón, por un lado, su única experiencia de contacto cultural con el exterior, que lo conectó a otras formas de vida y quizás a producciones artísticas por él desconocidas. Pero, desafortunadamente, por otro, también fueron estos años los del inicio de su declinación productiva y de sus problemas psicológicos. Los hechos a que hacemos referencia fueron, en primer lugar, su viaje a Brasil, con una estancia allí de algo más de dos años en Río de Janeiro, desde el 26 de marzo de 1842 hasta el 3 de mayo de 1844, fecha en la que se embarcó rumbo a Buenos Aires, arribando el 19 de junio de ese mismo año. Durante el período de permanencia en suelo carioca es posible que hubiera podido compartir vivencias con otro joven artista argentino, Prilidiano Pueyrredón, también allí presente. El hijo del ex Director Supremo, Juan Martín de Pueyrredón, (presente en Brasil con el objetivo de arreglar desde allí sus asuntos pendientes en Buenos Aires) todavía no había iniciado la carrera artística, que luego le daría reconocimiento y fama, pero se sentía ya inclinado hacia los acontecimientos culturales en los que las artes cumplieran un papel trascendente. En otro apartado comentaremos algunos aspectos de su vida y obras. Lo que indudablemente compartieron los futuros fundadores de nuestras artes visuales fue una dinámica de carácter cultural inexistente en nuestro medio.

La magnitud del movimiento a que hacemos referencia se desarrolló con motivo de la coronación en Río de Janeiro del príncipe Pedro de Alcántara como Pedro II, emperador de Brasil. Este acontecimiento impulsó a muchas personalidades destacadas del mundo político y social de nuestro país a concurrir para presenciarlo. Tales fueron los casos de Bernardino Rivadavia, Juan Bautista Alberdi, Juan Martín de Pueyrredón, el general José Tomás Guido, representante del gobierno de la Confederación Argentina, entre los más importantes.

Una nutrida concurrencia de figuras importantes de las artes francesas, bonapartistas exiliados en su mayoría, también se había dirigido a la capital brasileña para asistir al acontecimiento. Estaban allí Joaquín Le Breton, secretario perpetuo de la Clase de Bellas Artes del Instituto de París, el pintor Lebreton, cultor del género histórico, el paisajista Nicolás A. Taunay y su hermano Augusto, arquitecto, como también lo era el abuelo materno de León Palière, Grandgean de Monteguy, presente en las jornadas de la coronación y los hermanos Marcos y Ceferino Ferrez, escultores y grabadores de medallas.



Morel, presencia de un olvido

Imaginamos una variada dinámica de acontecimientos culturales protagonizados por la confluencia en la capital de Brasil de un número tan significativo de personalidades de las artes y la política. De una u otra manera ha de haber tenido Morel conocimiento de algunos aspectos del movimiento cultural al que hacemos referencia, sino como protagonista, en calidad de asistente. Lamentablemente esta permanencia en suelo extranjero tuvo para Morel el desenlace funesto de lo sucedido a su cuñado en Buenos Aires, lo que motivó su retorno.

Pasada la euforia de ese período que hemos imaginado pleno de ricas experiencias, Carlos Morel afrontaría, en los años inmediatos a su retorno al país, acontecimientos que lo instalarían en un declive de su actividad, sólo superada después de transcurrido mucho tiempo y sufrimiento. La creatividad, que en la década anterior fluyó con una dinámica constante, comenzó a colapsar a causa de una abigarrada constelación de sucesos que la tradición oral tergiversó, distorsionó y difundió, originando una imagen, que consideramos equivocada, de la personalidad de Morel y, especialmente de los motivos y características de sus 'rarezas', de esos comportamientos distintos, que le valieron el mote de loco. Trataremos de comentar algunos de esos episodios en las siguientes páginas.

Es posible, aunque se hayan tergiversado los hechos, que el más significativo de los acontecimientos vividos por Morel en esa década, el secuestro y asesinato del Capitán del Regimiento de Infantería de Patricios José María Dupuy (firmó siempre con estos nombres aunque en realidad se llamaba José Sinforiano Dupuy y Patrón), marido de su media hermana Indalecia, haya sido el motivo de una profunda crisis psicológica. Vale que reflexionemos sobre el significado de este suceso. El sentimiento intenso, afín con la sensibilidad romántica, de la sangre derramada es uno de los que más fuerte impresión produce y adquiere dimensión trágica en el marco de una época que se caracterizó por la reiteración de delaciones, persecuciones y "ejecuciones" llevadas a cabo por la "más horca" (mazorca), que estaban a la orden del día. No era ajeno a este proceder el condimento de la humillación producida por violaciones sexuales llevadas cabo por los esbirros de Rosas. Hay canciones populares que hacen referencia al uso del marlo del maíz como de las vergas con las que se torturaba a los prisioneros. Un elocuente testimonio de esas prácticas está contenido en el primer cuento argentino, "El matadero" de Esteban Echeverría. Quizás se deba a la repugnancia que esas acciones ocasionaban, el que tantas plumas los hubieran descrito, con verdadera convicción, avalando la realidad de esos procedimientos. El mismo sobrino de Rosas, el escritor Lucio Victorio Mansilla en su libro "Memorias de infancia y adolescencia" dio testimonio de estas escenas de barbarie: "*Con mi hermana Eduardita, íbamos un día en la volante para el pueblo-así se llamaba a la ciudad-. El cochero se detuvo en una pulpería que quedaba en el arroyo Maldonado-todo eso ahora es centro de riqueza y de cultura-. Después seguimos cerca de los corrales o mataderos, que quedaban detrás de*



Morel, presencia de un olvido

la Recoleta, ¡qué haber de cuervos! Los caballos se espantaron, empacándose. No querían seguir. Era en vano animarlos, castigarlos...

-¿Qué es eso? -preguntamos creyendo que eran borrachos que dormían...y, en efecto, dormidos estaban definitivamente. El cochero repuso sin titubear: -son unos degollados! Finalmente los caballos arrancaron, Eduardita y yo nos acercamos más y más el uno al otro sobrecogidos, nada nos dijimos; el cochero agregó con toda naturalidad:

-Algunos salvajes...(aludiendo a unitarios)

-¡Pobres! exclamó Eduardita. Yo nada dije, tenía miedo”.

No podemos catalogar de falsa o tendenciosa la descripción de este episodio pues fue relatado por un sobrino de Rosas que en sus escritos se abstuvo siempre de criticar al tío.

Queremos resaltar, siguiendo en este punto el esfuerzo esclarecedor de Agustín Matienzo, que es muy posible que sea inexacta la muy repetida anécdota que relata la presencia de Carlos Morel, el 26 de marzo de 1842, junto al marido de su hermana Indalecia, en Santos Lugares, uno de los reductos del torturador Cuitiño, donde Dupuy habría sido degollado y que, según trascendidos, cuando se lo iba a ejecutar a Morel del mismo modo, llegó una amnistía de Rosas perdonando a los restantes prisioneros, entre los cuales se hallaba el artista que motiva este trabajo. Resulta poco convincente que haya podido viajar, sólo unas horas después, a Brasil, máxime teniendo en cuenta que había gestionado su pasaporte el 22 de febrero de ese mismo año. Parece evidente que el proyecto de partir hacia Río de Janeiro, compartido por muchos otros argentinos, y la posibilidad de hacer luego extensivo su viaje a Europa, fue anterior al asesinato de Dupuy.

Dijimos ya que concitó el interés de muchas personas, la especial actividad cultural que se desarrollaba en Brasil con motivo de la coronación del emperador Pedro II. La conclusión sacada por los que aseveran la historia de que la ejecución de su cuñado Dupuy se hizo ante los propios ojos de Morel, es que fue el trauma brutal de este ajusticiamiento el que arrojó al artista en un proceso hacia una locura irreversible. Como hemos dicho, Matienzo refuta en 1959, fecha de aparición de la primera edición de su trabajo sobre nuestro artista, que en 1842 Morel huyera a Brasil y allí se refugiara, evitando el mismo destino de su cuñado cuyo asesinato habría presenciado. Esta nueva versión de los hechos contraría la tan difundida en numerosos artículos firmados por importantes críticos e historiadores del arte, referidos al mencionado episodio que justificaba la “locura” de Morel a causa del trauma vivido. En un capítulo posterior transcribiremos detalladamente los muchos artículos, algunos plagados de inexactitudes y rebosantes de imaginación, que sobre este hecho se escribieron.

Lo que nos parece más probable es que, una vez retornado al país, anulada la posibilidad de extender el viaje a Europa pues carecía de recursos para hacerlo, máxime teniendo en cuenta la situación en la que había quedado su hermana, y que el gobierno todavía no había otorgado presupuesto para financiar becas, quiso retomar su actividad como retratista. Pero la distancia que seguramente tomó de él su antiguo amigo García



Morel, presencia de un olvido

del Molino lo dejó a Morel sin un importante respaldo que podría protegerlo de persecuciones y, lo más importante, sin encargos para la realización de retratos de quienes disfrutaban las bondades del poder y pertenecían al entorno de Rosas. A esta circunstancia se suma como otro escollo en el camino profesional de Morel la enemistad de su madre con Descalzi, que siguió en esos años vinculado a Rosas, después de la demanda de divorcio solicitado por ella.

Cabe entonces que nos planteemos si es posible que el estado de aparente melancolía en el que se hundió Morel pueda estar relacionado con la caída en desgracia de su familia y la de su hermana Indalecia con el gobierno de Rosas a partir de los hechos que ya hemos referido, sumado a lo cual se produjo el alejamiento de García del Molino, estrechamente ligado al Restaurador, sucesos que ocurrían en un ambiente cultural con frecuencia invadido por múltiples artistas extranjeros que hacían gala de una formación y profesionalismo con los que Morel se sentiría seguramente en desventaja.

Semejante constelación de adversidades pueden sumir en una depresión melancólica a caracteres vulnerables y a personalidades frágiles, como parece haber sido el caso de Morel. Quizás también a esas características podamos sumarle rasgos psicológicos diferentes a los estándares que la sociedad de ese tiempo había fijado. Actualmente unos cuantos años de diván podrían solucionar esas 'disfuncionalidades'.

No está demás que indagemos acerca de la relación entre política y locura en la época de Rosas pues en ella se construyó una muy particular concepción de la locura. Con posterioridad al fusilamiento de Dorrego, una organización que hoy llamaríamos 'de choque' comenzó a crear una atmósfera política al grito de "Orden y Religión". Según esta organización recibían la calificación de herejes y locos todos los opositores de Rosas. Al primero que se atribuyó el mote fue a Lavalle, quien en los documentos oficiales era llamado "el loco traidor asesino Juan Lavalle" y a los miembros de su ejército "locos salvajes unitarios". El mismo calificativo se aplicó al uruguayo Rivera cuando se sospechó que había tomado partido por el caudillo unitario y se escribió oficialmente "el loco pardejón Rivera". Similares calificativos se aplicaron, con motivo de la intervención francesa en el conflicto, a cuyos representantes se llamó "locos inmundos franceses". Hasta los años finales del gobierno de Rosas siguió tildándose de loco al opositor. Esta vez le llegó el turno al "loco traidor Urquiza".

Esta singular psiquiatría rosista tuvo su más perfecta expresión en el decreto del 31 de mayo de 1842, expedido por el mendocino Aldao, abyecto delincuente, según el cual se establecía legalmente que todos los unitarios eran locos y debían ser trasladados a hospitales para recibir tratamiento de su enfermedad. Los efectos civiles de este decreto no eran inocuos pues implicaba la incapacidad civil de quienes fueran considerados locos. Quedaban impedidos de contratar, testar, ser testigo en un juicio, ni disponer de una cantidad de dinero superior a diez pesos. Si una persona catalogada de unitaria, tenía que declarar ante la justicia, se debía proceder al reconocimiento y certificación medicas que se expidiera acerca del estado de sus facultades mentales. Destituido ya



Morel, presencia de un olvido

Rosas, perduró este mote aplicado a sus más enconados opositores. Tal fue el caso de Sarmiento a quien ilustres miembros de la 'generación del 80' en su correspondencia lo llaman simplemente 'el loco'.

No existe en nuestro país, que conozcamos, ningún otro ejemplo de un gobierno que haya pretextado la locura de sus opositores como causa explícita de incapacidad civil. Si pensamos que de todos los hijos de José María Morel y Pérez, el único que tuvo trascendencia por su actividad profesional, fue Carlos, nos va quedando un poco más claro el porqué de su calificación de loco. Lo doloroso y paradójico es que no estamos seguros de que en su ánimo estuviera precisada su afiliación política. Lo que sí parece deducirse es el motivo de la 'incapacidad civil' que nubló largos años de su vida.

